

Juan Guerrero Sánchez

EXCÉNTRICO



CUADERNOS DEL LABERINTO

— Anaquel de Narrativa —

Juan Guerrero Sánchez
EXCÉNTRICO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE NARRATIVA, n° 6—
MADRID • MMXIII

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido
por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Juan Guerrero Sánchez

Dibujos interiores © Francisco Canto Montero. Colección «Arquitectura de paisajes espontáneos»
Fotografía de cubierta © *Zentai cat woman*, de Warpedgalerie. Fotolia.

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com



www.cuadernosdelaberinto.com

Octubre 2013
I.S.B.N: 978-84-941115-2-5
Depósito legal: M-21394-2013
Imprime: Cimapress (Madrid)
Impreso en España.

EXCÉNTRICO

INTRODUCCIÓN 1

1ª PARTE

¿Sería una insensatez artística no despuntar mis historias desde una imagen reconocible? Pudiera ser un brazo del sol sobre una callejuela de Málaga, un autobús silencioso e irrespirable, una carta arrugada entre unas manos temblorosas, un día gris henchido de iluminaciones, un gato lamiendo un cuerpo sin vida en una habitación de una pensión polvorienta. Yo desprecio los puntos de partida, por pretenciosos los relego a un segundo plano en mi historia, escojo ser un insensato.

Podría ser evidentemente invierno. Sí, nevaría y haría frío. La niebla invadiría las escenas recién aparecidas, el bullicio en blanco y negro y su sonido ascendente crearía un sinuoso ambiente de misterio. La protagonista sería una chica preciosa escondida tras unas gafas oscuras, bajo un sombrero, con unas kilométricas piernas que la hicieran parecer un sugerente personaje. Me tacharían de calenturiento y perdería un buen número de posibles lectores. Si lo pienso un poco más, ahora que estoy a tiempo, ¿por qué

no un hombre sorprendentemente atractivo? Un tipo de actitud introvertida y con una mirada indescifrable. Podría ser también un acierto. Enseguida dirían que éste es otro paisaje reiterativo con el que no se siente identificado cualquiera, yo mismo. Y claro, todo puede ser o no ser. Que las sentencias vengan a mí, tampoco este punto me resulta importante en este momento.

Me mata la empatía. ¿Estimados lectores? Suena falso. No sé qué jerga he de usar... ¿Amantes de las letras? Pretencioso... Olvidémoslo. Si es que estas historias llegan a tus manos algún día debo ser honesto desde el principio. Yo no soy, oficialmente, escritor, ni poeta por más que yo lo crea, ni ostento una posición de poder emocionar a través de las palabras con una propiedad ya adquirida. Nunca he interesado a un editor. También yo les maldigo a ellos. Lo mío, de profesión efectiva, es escuchar, atar cabos e intentar ser realista buscando soluciones convincentes. Cada día hago el tremendo esfuerzo de sentarme en mi despacho y hacer conjeturas. Dejémoslo así. Soy psiquiatra, un psiquiatra cualquiera. Sí, perdonadme si dejo claras ciertas pautas antes de empezar a descubrir mis historias. Tengo treinta y ocho años. Estoy soltero, muy a mi pesar. Y desde hace aproximadamente dos años trabajo en una ins-

titución que ayuda a personas con problemas mentales, a desequilibrados, por ser un poco más frívolo y quitarle hierro al tema.

He pasado toda la vida escribiendo, incluso cuando era apenas un niño, escribía. Mi especialidad entonces fueron las cartas, enviaba largas cartas desde una edad muy temprana. Las hacía llegar a direcciones improvisadas con el listín telefónico, la televisión, los folletos publicitarios. Estoy seguro de haber provocado escándalos, avivado ilusiones y sembrado heridas significativas en muchos buzones. Nunca lo sabré. Las noches eran para mis diarios. Al llegar a los veinte empecé con los relatos cortos y la poesía. He gastado una fortuna enviado obras a muchas editoriales que jamás me respondieron con una mísera carta de esperanza para, posiblemente, oficializar mi vocación. El mundo literario, estas décadas, ha estado regido por un salvaje ostracismo, los ricos y los amigos de los amigos. Mis montañas de papel serán diminutas carpetas amarillas en ordenadores de algunos editores que sin duda terminará haciéndose ricos a mi costa. Escribir me ha alejado de muchas labores mundanales. Hacer amigos casi no me ha hecho falta, en mi fuero interno no creo en la amistad.

INTRODUCCIÓN 1

2ª PARTE

Si hubiese elegido moverme más, podría haberme hecho un hombre de mundo. Podría haber asistido a conferencias, viajado en busca del conocimiento o haber formado parte de grupos de trabajo en el Colegio de Psiquiatras tras la salvación de algunos de mis pacientes, pero no ha sido el caso. He preferido escribir. Mi vida ha transcurrido en espacios cerrados, en mi habitación de estudio, en mi despacho, en la facultad o en la biblioteca. El enamoramiento más persistente que he sentido, sin duda, ha sido por los libros. Monográficos o ensayos sobre los misterios de la mente. También me fascinan la historia, los escritores del siglo diecinueve, especialmente los ingleses, y la literatura española, a veces la sudamericana y también la oriental. Un poco de poesía, la nuestra y la francesa. Y de vez en cuando algún misterio. Con el paso de los años empecé a soñar con la idea de escribir una obra literaria en toda regla y dejar de hacer garabatos, pero siempre terminaba abandonando. Miles de pinceladas que no formaban nunca una imagen definitiva.

Rodeado de un talento tan recargadamente petulante y exageradamente seguro era fácil llegar a mis túneles.

En los últimos meses, entre apuntes, notas, historiales y alguna que otra experiencia fuera de lo normal en este centro de internamiento, se me han ido encendiendo algunas luces. Construiría breves narraciones de las emociones y vivencias de mis pacientes, aderezadas con una cierta ficción contenida que pudiera cubrir los huecos de mis conclusiones. Agrupar murmuraciones me resultaría fácil. Dar importancia a las habladurías siempre ha sido sostén de esta tragicomedia que es la vida. Capturar y redefinir confesiones son especialidades comunes que, mezcladas con tantas perplejidades e intuiciones de la rutina sempiterna, resultarían un perfecto hilo conductor de mis historias. Sólo convendría seleccionar protagonistas e investigar con total propósito. Una tarea muy entretenida... El secreto profesional podría ser el único escollo, pero salvaría esas distancias. Además los nombres, los roles y las locuras estarían cambiadas de pellejo y lugar.

Insisto, reconozco que debería haber empezado esta historia con cierto misterio. Especularía con mostrar inquietud por el páramo en el que aquella mansión tenebrosa y alejada se ocultaba. Aprovecharía el símil de la garra que

alguna vez nos alcanzaría en plena noche, y dispondría la acción bajo lluvias impenitentes en la oscuridad solemne y poderosa. Sería razonable relatar con voces susurrantes algunos terribles acontecimientos que cubrieran con un enigmático manto los pasillos huecos y alargados de la institución de luces trémulas y aires de inquebrantable emergencia. Las voces amenazantes en la noche, los gritos aterradores en las habitaciones acolchadas. Y lograría sobre todo jugar con la soledad de los cuerdos. Ojalá fuera Henry James.

INTRODUCCIÓN 2

Estoy aquí, asomado a mi cara, inmovilizado tras mis pestañas. Les esquivo desde la agonía y la mordaza impalpable, desde mis entrañas, desde las alturas, como si fuera un propósito inevitable, como si todo lo que tuviera ante mis ojos fuera una amenaza.

Los guardianes me devuelven la mirada mientras se prestan monarquías, antojos y arrebatos. Mientras leen obras en blanco y se sacan los ojos sentados en el callejón. No son más que cuatreros que se enorgullecen de cebar a los perros con sobras. Rinden pleitesía al desahogo de los chivatos, son «chupacabras» que alardean de esconder las patas debajo de los zapatos, dándose cuenta de que estamos impotentes.

Mientras tanto, yo que no lo debería mostrar tan claro, por ser prudente, sucede que no me resulta inquietante ver a sus pies una montaña de palabras, un bosque inconsciente y una de las puertas del infierno de Dante. Y les grito: ¡no seré yo quien ostente vuestra bandera!

Me hago a la idea con la cara pegada al colchón. No asumiría que sonara raro el serpenteado de las cadenas, el abra-

dabra. Ni por las garras del león, ni por tener que abandonar la esperanza y pedir perdón. Lo que yo temería son las risas y la danza macabra.

Y ahora que estoy adentro del bestiario me someto a los no comprometidos. Se están deslizano hacia las orillas del Aqueronte. Se les hunden los pasos en las arenas movedizas, encima de las calderas de las apariencias huidizas de los pecados. Gatean por los calvarios robando piedras de las canteras. Culebrean por las paredes de las mentiras. Se acuestan en los nidos abandonados de los secaderos por los que ayer yo iba sosteniéndome con pinzas, por los derroteros que hay entre los huecos por donde respiro. ¡Qué casualidad!, ahora le ha dado por llover tentación y me he quedado esperando, por si acaso, y mientras se ahogan las promesas, suspiro frente al fogón.

Aquí los exiliados han construido una casa en la que anidan abejas y avispas, son los de la rebelión, los de las moralejas mal lloradas, los de los gusanos, los de las consciencias avivadas por fuegos sin chispas, los que se han quedado sin manos de tanto soñar.

Todo el mundo aquí tienta con un apenas el alcance de mis sentencias, están sentados en círculo sujetando cirios alrededor de la barca. Su remero dice que no, sobre las ciénagas, sobre las aguas que llevan a la civilización.

Empiezan las tormentas de moscas, gallos, langostas y lechuzas. Puedo oír el aullido. Con ellos llegan fallos de última hora, escaramuzas para el gran cambio, cantos amargos sobre el abismo, cartas de amor concluido, finales que dan lo mismo.

Les oigo desde mi agujero, son ellos, siempre han estado ahí...,son los de los abrazos por encargo, los que disponen el punto y aparte, los que ponen los acentos, los peros y los sin embargos. Los de los poemas desabridos dedicados a los reyes, los de los mandamientos, los esquemas y las leyes.

Para un entierro así me vestiré de un negro vulgar y ofreceré mis condolencias cuando se desate mi autoridad fulminante, por el fuego y por el hierro, porque es su Dios eterno el que quiere que yo vaya al infierno, así que, señores, ¡déjenme pasar!

CAPÍTULO UNO

DANIEL

Daniel Cortázar era un hombre maduro, lastimado por la vida, por sí mismo también; pero es fácil hacer conjeturas y juicios cuando no conoces a tu paciente. Hay que armarse de valor y filosofía, a veces es cuestión de meses, incluso de años. Si no nos ponemos de acuerdo entre profesionales, no os podéis imaginar la dificultad que puede entamar creer o no creer todo lo que te dice un paciente que ha sido ingresado en, diríamos, una cárcel de alta seguridad. Algunos de ellos habían cometido escalofriantes crímenes, no hablamos de tarados a medio cocer, policías corrompidos por las drogas y el vicio, de traficantes de armas enloquecidos o agresores patológicos *Don Nadie*. Hablamos de potenciales criminales.

Daniel era diferente. Parecía sosegado, su mirada guardaba nobleza y cierto equilibrio, y hablaba con corrección. Era tan elegante, pausado y apacible que su compañía me resultaba más que complaciente. Las sesiones fueron el

principio de una etapa. Cuando él ingresó, era mi primer día en *La Atalaya*. Despacho nuevo, dos enormes ventanales y un bosque verde y castaño donde volaban mariposas y andaban pájaros en los árboles. El sol brillaba en un recién iniciado otoño y yo, con toda la ilusión renovada, no podía creer ser dueño de una suerte tan ingente. Una mesa de trabajo espectacular de madera maciza, un enorme sillón de director y muebles de primera calidad sostendrían mi enorme colección de libros. Pasaría mi tiempo allí metido, interno. La mudanza resultó extrañamente cómoda; todo fueron facilidades. Un apartamento junto al complejo que superaba a mi piso en Málaga en todo, en metros, en calidades y sobre todo en sigilo. Verdadero nivel de vida que, sumado al mejor salario que jamás me habían ofrecido, me resultó en aquel instante el empleo de mi vida. Llegué como un niño a un campamento de verano.

La primera vez que nos sentamos frente a frente, Daniel me miró a los ojos como si fuera un niño buscando cobijo; nos gustamos. Fue como mirarse al espejo y verse guapo. Llevaba tanto tiempo en silencio que cuando se acomodó en la terapia de sus monólogos resultaba un espectáculo (aunque esto ocurriría más adelante). El primer día necesitaba protección. Me sentía extremadamente presente en los

encuentros, apuntaba todo con tanto interés que me olvidaba de mis labores primordiales y en incontables ocasiones me convertía en un simple oyente.

Durante el primer mes me centré en su juventud, debía seguir unas pautas razonables y organizadas para construir un historial clínico decente. Y, aunque fue un juez quien decretó su ingreso, era yo quien debía atenderle sin afectarme qué hubiera hecho. Debía centrarme en arreglar el caos de su cabeza.

Lo curioso de Daniel era que su infancia había sido fantástica, seguida de una adolescencia más que normal. Sus padres le habían dado todo y él era muy consciente. Además era dueño de una buena formación. Recién salido de la universidad empezó a trabajar en una empresa de publicidad. Trabajar mano a mano con la creatividad siempre me ha parecido una suerte, pero para él resultó un ataque a su descontrolada timidez y un toque de miedo escénico que añadí yo mismo. A veces unos compañeros desacertados pueden empujarte a vivir en una continua sesión de estrés; pasados unos años esto puede cambiarte hasta la piel. Lo único que llevaba como un lastre era su soledad, pero partiendo de este punto poco sustento tenía, y me preguntaba una y otra vez qué le hizo llegar a tan

tremendas circunstancias. Siempre es pronto para hacer conjeturas.

De entre sus iniciales exposiciones, la experiencia que me causó un primer impacto después de, digamos, tres semanas, fue el día que disimuló ante sus compañeros de trabajo, en la oficina, un ataque de pánico. No por el hecho en sí, más bien por el esfuerzo que tuvo que hacer para sacar a pasear semejante don, la exposición de los hechos, un grito de socorro. Le veía moverse por el despacho como si fuera un actor en plena audición, escenificando aquel momento de su vida como parte de un rito de paso. Eran los preliminares.

Mirándome en el espejo me digo: si yo fuera un escritor reputado me sentiría dueño de una originalidad brutal y descarada componiendo un texto poco engordado y con un uso de metáforas escaso, pasaría de los símiles y de los juegos de palabras porque ya estaría acostumbrado a los aplausos. Podría creer estar a la altura de Camus y dar por hecho que mis frases y mensajes contuvieran un doble o triple significado sin esforzarme. Pero me digo: yo debo romperme como Rimbaud en trozos sobre una mancha mugrienta, y postrarme ante los infiernos, para forzar este preludio.

Pretenderé merecer más esta suerte de ser dueño de un libro. Voy a darle cierta teatralidad a sus exposiciones (y a las propias), hacerlas más mías. Os presento a Daniel Cortázar, justo antes de fragmentarse por primera vez: Perdón, antes de seguir quería empotrar una cuña poética inspirada en aquellos días en la vida de mi paciente (normalmente lo haré sin más, quizá cause cierto desconcierto en los lectores). Éste sería mi primer ensayo como rimador sin formación. Siempre quise ser poeta y no hubiera podido dejar estos sonetos descabezados a un lado.

Durante aquellos años Daniel fue un creativo prometedor sediento. El tiempo le había engalanado, regalándole hermosura y talento. En una noche hambrienta de terror se arrastraba por las sábanas conviviendo con la tormenta de su palacio interior. En su dormitorio se alojaba un nubarrón gris errante al borde de una madurez inquietante.

Se fue apresando por las cadenas y el olvido, los cantos de sirena y las artes de seductor. Vestía trajes vacíos con imposiciones irreflexivas de ofendido conquistador. Daniel sonreía indestructible tras los barrotes del ganador; vivía incómodo y se mostraba ante todos con el semblante molesto. Se arrastraba preso por la glaciación de una alcoba que colmaba anonimato,

sin saber que en aquellos días sería acorralado como un gato con amor de poesía y sudor de repuesto.

Por la mañana se levantó desalentado, provocando como un domador al desierto, embestido por un silencio experto y demolidor. Con los ojos cerrados caminaba herido por los pasillos, sobre los restos de sus laberintos deshonestos. Daniel salió a la calle escondido en su bolsillo, jurándose que tampoco aquel día crucial besaría con sus dedos al amor. En una mano el corazón enjaulado y en vano en el hueco del escote, clavada la llave. Hallada la clave del cazador enamorado de capirote, primavera fatal, primavera sin flor.

DUEÑO DE MI SILENCIO

11 de noviembre 1998.

(En sus pensamientos)

En esta profesión los silencios son de lo más trascendental, pero no hay que darles muchas vueltas y debemos cultivarlos para encontrar los equilibrios y evitar caer. Hay que reconciliarse con esos segundos de cortesía como si fueran nuestros...

Me paso los días hablando y no sé si lo puedo soportar. Puede resultar tormentoso ya que todo suele ser fulminante y hay que venderse cada mañana en esta subasta de las ideas. Estás fuera si no eres bueno, mucho antes si no lo pareces.

¿Dónde quedo yo?

Mientras me alejo de la mesa de juntas y me dirijo frente a todos estos caníbales, me viene otra vez esa canción: *No me importa que murmuren y que mi nombre censuren...* y reconozco para mis adentros lo incómodo que es este chaleco antibalas. Cuánto se nota si te levantas con las ganas escasas y el ego contraído por el invierno de las evidencias.

A pesar de llevar varios años en esto, hoy se me han vuelto a disparar los niveles de vergüenza, soy un desequilibrado inseguro, lo admito. Lo juro. Hace días que el cuello de la camisa me está vacilando, vivo dominado por este bochorno. Se ajusta y me despelota atrevidamente jadeante y nauseabundo.

No consigo controlar la voz y los ojos me titubean sin localizar el soporte que necesitan para afinar la respiración y soliviantar mis angustias en mi puesta en común. Mi memoria precisa soltarse y así permitirme hacer conjeturas o parecer ingenioso. Pero no, no lo consigo.

Nadie asiente en el fotograma de instigadores congelado, empiezo a descender.

¿Por qué habéis bajado el volumen de los comentarios sobre mi exposición? No consigo escucharos, cuanto menos entenderos. ¡Vocalizad, joder! Que al menos pueda leer vuestras fauces...

Esos ojos de goma disimulan las pedanterías de mi profesión... Sentados frente a mí, mirando hacia abajo, *nin-guneando*. Reglamentariamente no llego a la altura de sus rodillas de genio, no soy merecedor de esta intervención. Ni siquiera soy digno de esta presión y he de aceptar como regalo las siete sangrías.